

En Madrid, los ríos cortesanos

Entrevista
con
Pedro
de Lorenzo

El escritor,
que es
Cronista Mayor
de los Ríos
de España,
escribe
en «La Quintana»,
una casa hecha
«para sólo eso,
escribir»
su novela
«La soledad
en armas»

Al escritor, al que hoy más que nunca podríamos llamar «el escritor de los ríos», y que lo es —Cronista Mayor de los Ríos de España—, lo encontramos en «La Quintana», 1.000 metros de altitud, Sotosierra, Soto del Real, una tarde cualquiera del otoño, en una casa hecha por amor a las letras. Pero como el escritor es Pedro de Lorenzo, señor de la buena palabra, maestro del estilo, patrono de las más ideológicas naumaquias, frente a ese retazo de embalse que es, más que eso, como un cuadro arrancado de rías be-tanceiras, ¿quién mejor que el propio escritor para describir «La Quintana»?

—¿Aquí escribe Pedro de Lorenzo?

—Es una casa hecha para sólo eso: escribir. Está descrita en «El Libro del Político», y minuciosamente, en «Letra para un pasionario». En el primero, dice: «Es algo más de mediado el día: el mes, de julio, y escribo en una casa hecha para sólo eso: escribir. Se alza ante los ventanales, a mano derecha, el bárbaro telón de las Pedrizas. Veo a sus pies el fiordo de las aguas de Santillana, don Iñigo, marqués de Santillana. La tarde es cálida, con sus retazos de brisa de serranía y la calina en rizados del lago. Hay una ceja de luna con luz de sol, a poniente. Rayan el azul los recortes blanco y negro, de trémulo sostenido, de las golondrinas. Se copian en las calmas el castillo del Real, la villa de Manzanares. Frente a las Pedrizas, y a la mano izquierda, miro la oscura roca de la tierra de San Pedro. Sé que a mi espalda, y menos de un cuarto de legua, la carreterita sube de Manzanares: a la altura de Soto —antes Chozas de la Sierra; desde la consagración de la mitra a su hijo ilustre, Casimiro, arzobispo el primero de Madrid, Soto del Real —corta perpendicular la carretera de Madrid-Miraflores, y sigue para Torrelaguna. En Torrelaguna, solar de Cisneros, Cárcel de Carranza, murió Juan de Mena. En Torrelaguna nació Francisco de la Torre, cantor de la noche...».

En «La Quintana», pequeño y dilecto cuarto de trabajo, mesa como de canónigo, silencio en el perfil de los álamos, escribe



Pedro de Lorenzo. Y allí coincide en unos días, con Javier de Lorenzo, otro escritor —su hijo— que viene aquí a terminar sus libros. Difíciles de explicar. El escritor lo cuenta:

—He terminado el libro del año, y le dejo trabajar a él. Cuando, en agosto, me acerco a celebrar el cumpleaños de Jimena, su tercer hijo, nieta mía, le pregunto por su trabajo. Uno de estos años, dominándose rubores, me dijo: «Ayer he terminado un libro... ¿Cómo se titula?» Y se resiste a declarar el título. Al fin, apremiado... «La Matemática y sus rupturas epistemológicas».

Se sonríe el escritor. Y luego, mientras me tiende una deliciosa zarzaparrilla que me ha pre-

parado Francisca de La Asunción, agrega:

—Javier de Lorenzo, catedrático de Matemáticas, doctor en Filosofía, es autor de otros libros: «Introducción al estilo matemático», «Iniciación a una teoría unitaria de conjuntos», «La Filosofía de la Matemática de Henri Poincaré»...

Corre la tarde. En el jardín, hay un revuelo de golondrinas que se van. Anduriñas las llaman en Galicia. El perfil de las Pedrizas, bárbaro telón de fondo.

LOS RIOS DE MADRID

—El río, ¿es un personaje literario para el escritor?

—Para este escritor, sí. La canción de los ríos, y así lo dije en «Viaje...», me parece tema hermoso, literario. El río, no siempre agua, es, en España, corriente literaria. El río es, en las letras, primero motivo topográfico; en seguida, situación estratégica. En torno a la batalla de Brunete, que describo en mi último libro, en el que he trabajado este verano y cuya primera versión acabo de terminar, los ríos de Madrid recaban el mayor interés: es Guadarrama, y convocados por su corriente, estricta, «río de las arenas» etimológicamente, estos otros ríos: Perales, Aulencia, Pastores, Nacedero... Sí, porque tienen una importancia estratégica extraordinaria en la guerra civil. Se luchaba a cuarenta grados a la sombra. Las nubes de polvo llegaban a Naval Moral de La Mata. La sed era una tortura tremenda, y las tropas se abastecían por la noche, con grandes riesgos, de esos ríos y de los pozos. Fue una lucha feroz. Murieron, entre unos y otros, 100.000. Yo la elijo como batalla modelo, batalla tipo africano.

MANZANARES: LOS RIOS CORTESANOS

«La Quintana» sabe a su derecha, mirando a Madrid, al río Manzanares.

—¿Y a la izquierda?

—Jarama. Henares, Manzanares, con el Jarama. Es un enérgico rasgo de la nieve al llano. Brota en Somo Sierra, acaba en La Sagra. Se viene a tierras de Madrid, y absorbe a Lozoya, Henares, Manzanares. Entre Morata y Pinto, se extasia de los páramos, surte la meseta de Ocaña. Se queda con Tajuña, en campos de soledad. Ciento ochenta y nueve kilómetros. ¡Y al Tajo! Ríos cortesanos, componen un bello capítulo preliminar a Tajo, en «Viaje de los Ríos de España». Cortesano también, Henares, complutense, río del primer poema castellano, y río de Juan Ruiz río para los cisnes de Alcalá. Río límite, extrema lírica unición de Quevedo. Madrileños, Tajuña, Tajo: es preciosa la junta de las aguas de Jarama y Tajo, en Aranjuez.

«Para el
escritor,
el río
es un
personaje
literario.»

«Manzanares,
río fantaseado
mucho
en letras,
apenas
en agua:
espejismo
de ríos,
río cortesano,
en El Pardo
palatino,
verbenero
en La Florida
y la Pradera,
goyesco...
Motivo
de cortesanía,
de fábula...»

«¡Y no
he hablado
de Lozoya,
cuando Madrid
era cristallidad
del aire
y esa agua,
Lozoya,
fina la
que más.»

EN HONRAS AL RIO MAS LITERARIO DE ESPAÑA

Del Duero al Tajo, el escritor ha bajado de Salamanca —Tormes— a Madrid —Manzanares—. Vivió años, a un lado del río: Paseo de Extremadura, 7. Un día no hizo más que pasarlo, Paseo de la Virgen del Puerto —una virgen extremeña y bonita—.

—La copla en los labios; en las manos otra de poemas, alguna prosa, la anécdota y la sonrisa en honras al río más literario de España, río fantaseado, mucho en letras, apenas en agua: espejismo de río, Manzanares. Ese que «La Quintana» sabe a su derecha.

—Manzanares, río que tú, Pedro Extremadura, has hecho cortésano. Dios y la Virgen de la Almudena, a la que el río ronda, se lo paguen al escritor.

—Sí. A su orilla, ante la fachada oeste de Madrid, miro el puente de Segovia, y un camino que, derecho, me regresaría a las Extremaduras. Es fantasía de Reyes: Manzanares abajo, Tajo adelante, unir las dos capitales de la península: Madrid, Lisboa, las dos Cortes.

—Manzanares pues, maestro, ¿río de literatura?

—Literario, desde luego. Riquedades de su condado natal, alojan al Marqués de Santillana. Toro en Colmenar, en El Pardo palatino, verbenero en La Florida y la Pradera, goyesco... Motivo de cortesanía, de fábula, de color barriobajero, le cantan el madrigal, la seguidilla, la sátira, la novela: río de emperadores y de majas, ingenio vivo.

«EL TAJO, QUE ES UN RIO MAYOR». (Cantar del Cid)

—Tajo es también río madrileño. Vega en Villamanrique, por donde entra en la provincia, corteja unos kilómetros la de Toledo y vuelve a meterse, de rondón, en Madrid por Aranjuez, donde el escritor Pedro de Lorenzo, lo denomina pintura.

—La sierra, determinan las excursiones. Los amigos de las excursiones, son los de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos y todos sus seguidores. Viene

tomando aguas que, por un lado, sólo su derecha, le doblan el caudal. Aúlicas aguas de Henares, tranquilas en Tajuña. Serrano Jarama; luego, se vuelve a ir hacia Toledo y las Extremaduras.

—Donde el Tajo es más Tajo, ha dicho, contándolo en RTVE el escritor.

—Sí, donde el Tajo es más Tajo. La derecha del río, en Aranjuez, es llana. Cerros de yeso y cal, escarpan el ribero izquierdo. Negrea el espino. La retama florece, amarga y amarilla. Los patos rondan la junta de las aguas a la vista de Jarama. Colorean los faisanes el Jardín del Príncipe. Opulentos, cortesanos, el Tajo en Aranjuez, es brazo que se acoda, puente colgado, presa de gancheros, caudal de 26 metros cúbicos/segundo, mirador de tormentas de verano, bodas con el Jarama a cuatrocientos metros de altitud y cuatro leguas de Chin-

chón, cabeza de partido... Aranjuez es otoño. Es esa fiesta, esos primores. Ahí, derecha del Tajo, en la Casa de Marinos, forman museo las embarcaciones que los reyes usaron para sus rutas del río.

LA SIERRA, LOS RIOS; ¡Y LAS LETRAS!

—¿Y Lozoya, don Pedro?

—¡Y no he hablado de Lozoya, cuando Madrid era cristalinidad del aire y esa agua, Lozoya, fina la que más.

—¿Se puede hablar de una trilogía sierra-ríos-letras?

—Todo esto se halla rodeado de letras. Condado de Manzanares, del infante don Juan Manuel. Embalse de Santillana, marqués de Santillana: Francisco de la Torre, cantor de Jarama y autor de la Bucólica

de Tajo. Los ríos, en los clásicos, no tenían género: Lazarillo de Tormes, Fábula de Genil; en Madrid, Lazarillo de Manzanares; y los pueblos: Alcalá de Henares, Perales de Tajuña. La sierra, Guadarrama, atrae a los escritores del 98: Menéndez Pidal tuvo casa en la sierra. Esta, determina las excursiones. Los amigos de las excursiones, son los de la Institución Libre de Enseñanza, Giner de los Ríos y todos sus seguidores. Cantan la de Guadarrama, Enrique de Mesa, madrileño. Y Antonio Machado; en la línea de Machado, Leopoldo Panero. Estuvo tuberculoso. Hubo un tiempo en que todo escritor, tenía como necesidad de estar tuberculoso. Tuvo un amor, ahí, en Guadarrama. Era el único que seguía la línea de Machado, porque toda la generación del 36 estaba en contra de Machado, e influidos por Juan Ramón Jiménez. Vive en Miraflores de la Sierra, Vicente Aleixandre, desde mediados de los años veinte. En Cercedilla, veranea de largo Luis Rosales. Antonio Prieto en Pozuelo, desde que se casó.

Los ojos claros, siempre claros en el mirar de frente de Pedro de Lorenzo, han sido por un instante, tristeza. Y me ha seguido contando:

—Aquí, en Somosierra, término de Soto del Real, compró una parcela Alfonso Albalá. Me visitaba con frecuencia. Se ve desde el rincón más alto, noroeste, de «La Quintana». Es la parcela 13. Fuera yo supersticioso, y me estremecería. Alfonso Albalá no ha podido ver alzada su casa en esa parcela, murió el 5 de octubre de 1975. Me lo dijeron por teléfono. Lloré, a solas en mi cuarto de trabajo de Madrid: lloré. Yo puse un telegrama al Alcalde de Cáceres diciéndole que si algo podía yo pedirle a Cáceres era que pusieran una calle a Alfonso. El Ayuntamiento tomó el acuerdo de pasar el asunto a la comisión correspondiente, y en la comisión correspondiente debe continuar. Nunca más se supo de aquello.

EL LIBRO DE ESTE VERANO EN «LA QUINTANA»

—¿Qué libro hace este año en «La Quintana» Pedro de Lorenzo?

—Es el primero de mis obras póstumas. Pertenece al ciclo de novelas del Descontento. Conjunto de escenas para una tragedia, anuncié que se titularía «La Soledad en Armas». No estoy ahora muy seguro de mantener ese título. La acción discurre en Madrid, el 23 de agosto de 1939.

—¿Es, acaso, el libro de la guerra de Pedro de Lorenzo?

—Sí. Por eso ahora ya dudo en titularlo así. Yo le doy ese título, porque ese libro lo sugiere un cuadro, un pequeñísimo cuadro, un cromó, en el que aparece la figura de un centinela armado, en un juego de verdes y de noches, completamente sólo: ese cuadro acompaña al protagonista de «Novelas del Descontento».

—Maestro Pedro de Lorenzo: para los gustosos de los ríos de Madrid, ¿qué les recomendaría, literariamente?

—Un libro de José Frajadas: «Geografía literaria de la provincia de Madrid». Lo ha editado el Instituto de Estudios Madrileños. La geografía, sugiere, para mí, tanto como la historia al escritor.

Y aún, antes de irnos, por el amor a la tierra y a la sierra, Pedro de Lorenzo se vuelve hacia los adentros de esta casa, hecha para sólo eso, escribir, y me dice:

—Antes de irte, Isabel, quiero señalar algo del interior de «La Quintana». Un reloj, modelo siglo XIV, que funciona por la atención tenaz y generosa de Emilio Niveiro. Logró que lo hicieran marchar en sus talleres de artesanía. Está descrito en «Letra para un Pasionario». Ese de ahí.

Recogido de su libro: Porque, ¿quién mejor para describirlo?. «La esfera es de numeración romana, y hay sólo horario en ese reloj: la saetilla de los minutos no era usada en 1480. La maquinaria, al aire, va en plano posterior, paralelo al de la esfera: el carrete de pesas y las dos ruedas son de madera, y hierro».

Sentarse en el silencio, a escuchar el rítmico chirrido de un reloj del siglo XIV. O a la vera de los ríos españoles, a aprender la canción del agua, recordando la lección siempre literaria de su Cronista Mayor.

Texto y fotos:
Isabel MONTEJANO
MONTERO

ANTONIO BUERO VALLEJO

DESDE que, hace más de veinticinco años, Antonio Buero Vallejo consiguiera el premio Lope de Vega de teatro, con su obra «Historias de una escalera», los estrenos del autor han conseguido llegar a la categoría de acontecimiento teatral, especialmente en Madrid. Una larga lista de obras, como «En la ardiente oscuridad», «Concierto de San Ovidio», «Las Meninas», «El tragaluz», «La Fundación», etcétera, jalonan su carrera de éxitos hasta su reciente estreno, «La detonación». Sobre esta obra, los críticos han llegado a la mayor disparidad de opiniones. Mientras unos la han elogiado sin reservas, otros le niegan hasta el pan y la sal. Quizá sea el momento de hacer recuento de la vida de Buero Vallejo.

—Los recuerdos casi nunca responden a la realidad vivida, pues cuando llega el momento de hacer recuento retrospectivo uno no tiene a las personas que pudieran contarle los primeros años de su vida. Faltan los padres. El mundo infantil de los hermanos, aunque fuera

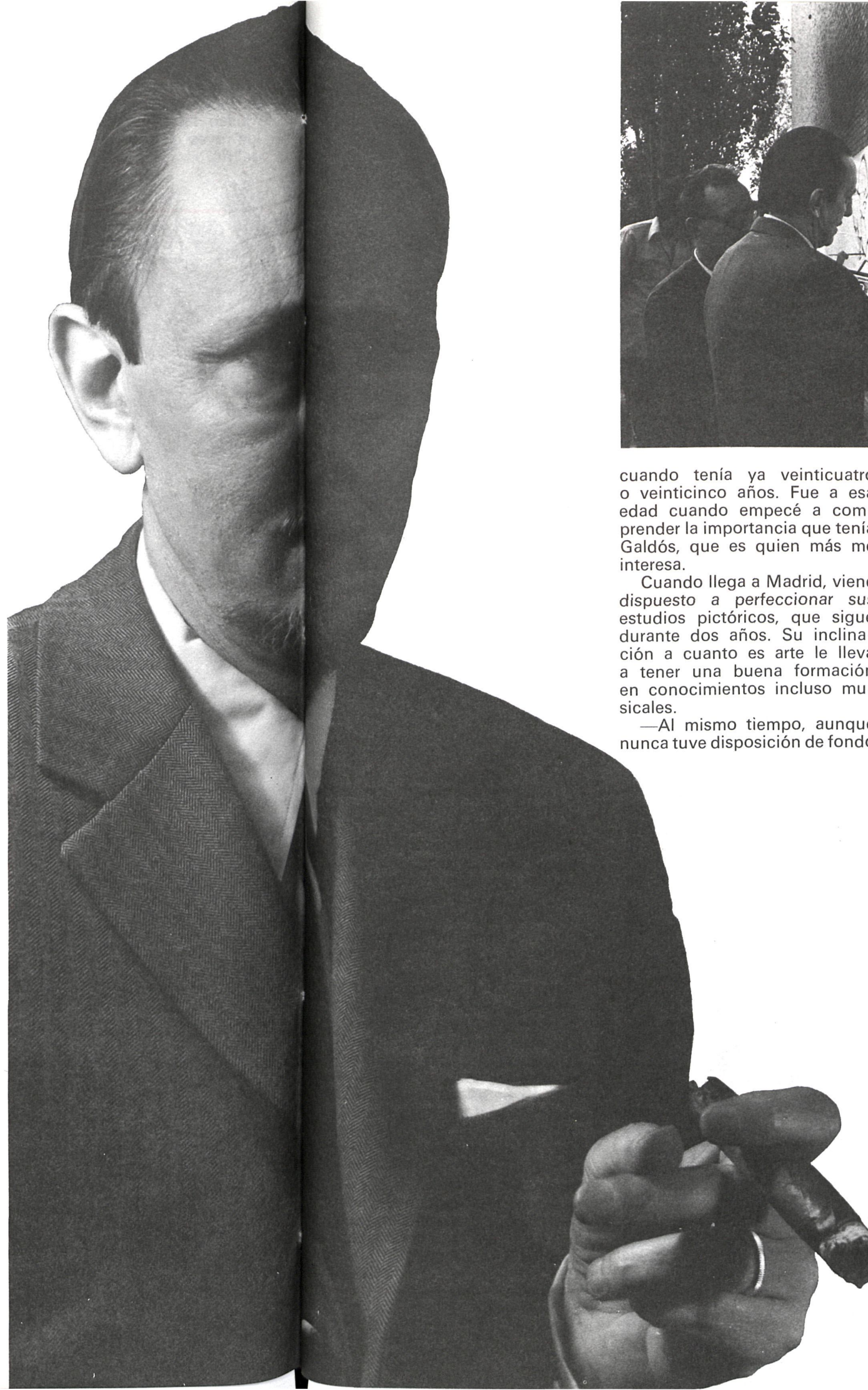
paralelo fue distinto, su propio mundo.

Nace en Guadalajara, en el seno de una familia de clase media acomodada —su padre es ingeniero militar—, donde realiza sus estudios primarios y de Bachillerato, con un intervalo de dos años, que pasa en Marruecos, por destino del padre.

—Mi primera vocación fue dibujar y pintar, que empecé a ejercitar creo que nada más nacer, y que me acompañó durante toda mi juventud.

Buero habla despacio, pausadamente, como desgranando con lentitud el collar de sus recuerdos, tratando de volverse niño por unos momentos, aquellos momentos de sus primeras lecturas, «tebeos», libros del Romancero, de poetas clásicos, después los hombres de Alejandro Dumas, Victor Hugo, subiendo la escalera hasta la generación del 98, Baroja, Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Machado, pasando por la generación anterior, la de Clarín, Pardo Bazán, Pereda y Pérez Galdós.

—Los autores anteriores a la generación del 98 los estudiábamos por literatura, pero no los leíamos. Yo lo descubrí



En la Facultad de Filosofía y Letras, durante el homenaje rendido al poeta Miguel Hernández, en junio de 1976, dibujando la cabeza del poeta sobre un mural

cuando tenía ya veinticuatro o veinticinco años. Fue a esa edad cuando empecé a comprender la importancia que tenía Galdós, que es quien más me interesa.

Cuando llega a Madrid, viene dispuesto a perfeccionar sus estudios pictóricos, que sigue durante dos años. Su inclinación a cuanto es arte le lleva a tener una buena formación en conocimientos incluso musicales.

—Al mismo tiempo, aunque nunca tuve disposición de fondo

por las Ciencias, pues no he llegado a cultivarlas, despertaban en mí gran interés, quizá porque lo vivía en casa. Veía a mi padre, profesor de cálculo, hacer signos y ecuaciones que, aun sin poder entender, despertaron mi curiosidad desde la más tierna infancia.

Después se vio obligado a estudiar, aunque sin profundidad, estas materias que tenía en los libros de Bachillerato. Conoció la teoría de la relatividad, del sabio alemán Einstein.

—Llamó poderosamente mi atención el hecho de que el tiempo fuera una dimensión más. Después, al leer a Wells y su novela «La gran máquina del tiempo», que seguramente es la obra más importante escrita sobre este tema, supe la trascendencia de la gran paradoja del tiempo.

—¿Fue bueno o mal estudiante?

—Podía considerarme buen estudiante. No era lo que se suele conocer por el empollón, pero aprobaba con bastante buenas notas. Aunque abundaban los aprobados, también sacaba algunos sobresalientes y notables. De vez en cuando, también algún suspenso.

—¿Fue un niño travieso o introvertido?

—Más reflexivo e introvertido, pero introvertido para mí mismo, no hacia fuera, pues jugaba

Seis años de cárcel quizá fue la causa que cambió su vocación de pintor por la de dramaturgo

«Nunca desdeñé la Academia ni mendigué el ingreso en ella»

Sus juegos infantiles consistían en crear pueblos enteros, con casas y hombres, y vivir sus peripecias

Un escritor «es una persona a quien le cuesta más trabajo escribir que a los demás»

como los demás chicos, y mucho.

En aquellos juegos infantiles ya se apreciaba el gran dramaturgo que llevaba dentro. Con otros chicos de sus mismas aficiones artísticas, formó el grupo de sus juegos. Se pasaban días enteros dibujando muñecos y casas, que después recortaban y montaban sobre una mesa o sobre el suelo. Creaban una gran ciudad con todos sus personajes fundamentales y dejando de ser los dioses que acababan de crear su pequeño mundo, encarnaban a aquellos personajes, hablaban por ellos, luchaban...

—Era como crear un teatro completo, con sus decorados y personajes, y transformarse luego en actores. Jugábamos a la Guerra Europea, a Napoleón, a Los Mosqueteros...

SEIS AÑOS EN LA CARCEL

Llevaba dos años estudiando en la Escuela de Bellas Artes cuando llegó nuestra guerra. Durante ella, Buero siguió dibujando y pintando, pero ya sin orientación, sin preparación técnica. Después, seis años y medio de cárcel por hacer la guerra en el bando republicano.

—En la cárcel también pintaba y dibujaba, pero me faltaba la preparación que no me dio tiempo a conseguir. Siguió mi afición por la literatura, que tuve desde siempre. Al salir de la cárcel, seguí pintando, incluso vendía algunos cuadros, pero notaba que me faltaba formación. Notaba que aquello no marchaba y, en algunos momentos, sentí la impaciencia y la desilusión.

Un buen día decidió escribir teatro desde el primer momento. Escribió varias obras, una tras otra. Se presentó al premio Lope de Vega, del Ayuntamiento de Madrid, con «Historias de una escalera» y «En la ardiente oscuridad». Las dos obras llegaron a la final, pero consiguió el premio la primera. Tuvo sus dificultades para que fuera estrenada, pues se investigó su vida, sus años de cárcel...

—Pero al fin se estrenó, fue un éxito de crítica y público. La vocación pictórica, que se



había ido enfriando en mí, quedó relegada a segundo término. Seguí escribiendo teatro y luchando por su estreno, pues en casi todas las obras surgía alguna dificultad. «El tragaluz», por ejemplo, estuvo a punto de no ser estrenada. Otras, como «La doble historia del doctor Valmy», estuvieron años esperando la oportunidad para ser estrenadas.

SUS MUCHOS PREMIOS

Buero Vallejo surgió de un premio, el Lope de Vega. Después ha conseguido cantidad de ellos, Premio Nacional, Valladolid, Juan March, Mayte, varios años el María Rolland...



Con Eduardo Zamacois y señora, en el café Gijón, durante su última visita a Madrid

Nunca desdeñé la Academia ni nunca mendigué el ingreso en ella. Ha habido personas que en su juventud tratan con desdén a la Casa y después mendigan su ingreso.

—¿Siempre le pareció importante la labor de la Academia?

—Sí, por supuesto. No tenía más que examinar los nombres de las personas que estaban dentro para darme cuenta de la importancia que tenía. Además, siempre fui consciente de la gran labor que en ella se lleva a cabo en pro de nuestro idioma.

—Creo en los premios, aunque no de forma ciega. Creo que, en general, no están tan viciados como la gente cree. La prueba es que hay premios de una gran tradición, como el Nadal, Adonais, etc, que han descubierto importantes valores de la literatura.

—¿Pensó en alguna ocasión ser académico?

—Nunca lo pensé, ni me preocupó. Creo que fue en el año 1956 cuando un compañero académico me habló de ellos por primera vez. Le dije que era demasiado pronto, que de ninguna manera lo intentaría en aquel momento. Durante varios años fue diciendo lo mismo. Llegó un momento en que había una vacante y, ante la propuesta de algunos compañeros, lo consideré detenidamente y acepté la candidatura.

—¿Qué le movió a aceptar la posibilidad de ingreso?

—Ya me consideraba mayor y la Academia suponía una cobertura, una respetabilidad.



Durante el Congreso de Autores, celebrado en Montecarlo, en octubre de 1971.

De izquierda a derecha: Marcel Pagnol, José López Rubio, Eugene Ionesco, Diego Fabbri, Fritz Hoohwalder, Antonio Buero Vallejo e Istvan Orkeny

SUFRIR ESCRIBIENDO

La vida de Buero, como se desprende de lo dicho hasta aquí, está llena de vivencias

Antonio Buero Vallejo, con su esposa, Victoria Rodríguez, y sus hijos Carlos y Enrique